

Dos veces el mismo rostro

Vicente Barbieri

Contaré el caso exactamente como ocurrió: para mí sigue siendo un verdadero enigma.

No agrego ni quito nada en esta relación, y juro que no estaba dormido. Prometo decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Repito que no se trata de un sueño: en último caso, un sueño despierto. No sé.

Comenzó una noche de principios del año 1951. Yo me encontraba acostado, en mi departamento de la ex avenida Alem, y la habitación estaba a oscuras; no en completa oscuridad, sino en esa penumbra que permite distinguir contornos y bultos de muebles y objetos. Serían, aproximadamente, las doce. Permanecía despierto, boca arriba y con las manos bajo la nuca; yacía con placidez, en ese estado en que uno dice: no pensaba en nada. Parpadeaba, mirando cómo aparecían y desaparecían los perfiles de los objetos. Entrecerré los ojos por unos minutos. El sueño no venía.

De pronto tuve la sensación de que algo -no alguien, sino algo- estaba junto a mi cama. Inquieto, abrí los ojos, y, ahí a mi derecha, como a un metro del suelo, se veía un óvalo de luz brillantísima, de más o menos veinticinco centímetros de alto por veinte de ancho. En el centro de esa luz de forma ovalada había un rostro de hombre. El conjunto parecía un gran camafeo viviente, porque aquello estaba, según me pareció, animado de vida. Sin moverme en la cama y sin quitar los ojos de aquel centro radiante (que sin embargo no molestaba a mi vista), yo observaba a ese rostro.

Para mí, se trataba de un desconocido. De balde procuré recordar, en un rápido desfile retrospectivo de figuras y fisonomías, algún rostro quizás olvidado de la infancia; acaso una cara vista en alguna parte, al paso del azar con que se anda por el mundo y grabada en el subconsciente siempre activo... Pero, no. Yo podía jurar, más o menos seguro, que jamás había visto ese rostro. Además, el visitante también me observaba con una expresión de curiosidad y sorpresa quizá mayores que las que yo experimentaba.

Era el semblante de un hombre de más o menos cincuenta años; tenía los ojos fijos en mí, con mirada, como digo, llena de marcado interés. Sus facciones eran toscas, como curtidas por el sol y la intemperie, y yo veía cómo en su cuello largo y delgado

la nuez de Adán, muy abultada, subía y bajaba como si el hombre respirara profundamente. Ahora me parece extraño no haber sentido ningún temor.

De pronto, cuando mayor era nuestra atención, aquello se desvaneció, mejor dicho, se apagó de golpe. Yo permanecí algún tiempo, bastante largo, pensando, en la oscuridad, hasta que el sueño, el verdadero sueño, me rindió sin esfuerzo.

Recordé durante muchos días el suceso, después creo que lo olvidé. Pasaron meses. Circunstancias de mi internación en un hospital de Vicente López me distrajeran con otras cosas. Allí tuvo lugar la segunda parte de mi enigma.

Después de una intervención médica practicada por el doctor Ángel N. Bracco (ese cirujano inteligente y generoso que ya me pertenece y a quien pertenezco a través de tantos años), permanecía yo inmóvil en la cama, en una pieza pequeña, aislado de la sala general. Era la media tarde y en esos momentos experimentaba una suave tranquilidad, luego de varios días de fuertes sufrimientos. Ante mi puerta solían pasar de continuo los internados en la sala, cuyo interior no me era visible sino en un pequeño ángulo, vista aún más dificultada por mi permanente y forzosa posición boca arriba. Entre los enfermos sabía pasar un hombre alto y delgado como de cincuenta años, al que yo veía casi siempre de espaldas y muy fugazmente.

La tarde que digo, meditaba yo con las manos bajo la nuca, cuando de pronto noté que alguien se detenía en la puerta de mi habitación. Levanté trabajosamente la cabeza, procurando ver de quién se trataba; una sonda de goma aplicada a mi costado derecho no me permitía muchos movimientos sin causarme fuertes dolores. Era el hombre alto y delgado que yo había entrevisto en ocasiones. Pensé que desearía interesarse por mi estado, como de vez en cuando sabían hacerlo otros enfermos. No dejó de llamarme la atención su vista porque había oído decir que se trataba de un hombre muy retraído, que no hablaba con nadie.

El visitante avanzó unos pasos hasta situarse junto a mi cama y se quedó mirándome con gran fijeza, con una expresión de curiosidad que me pareció extraordinaria. Tenía sus ojos clavados en mí y no decía palabra: me observaba con una especie de atención casi hipnotizante. Su rostro era tosco, como trabajado por el sol y la intemperie, y yo veía cómo en su cuello largo y delgado la nuez de Adán subía y bajaba.

Después, en silencio como había entrado, dio media vuelta y se retiró.

De golpe recordé. El rostro de ese hombre era el mismo de mi visión nocturna de meses atrás. Ni esta vez ni la otra se trataba de un sueño; puedo jurarlo. Nunca más vi al hombre: cuando más tarde pregunté por él a uno de los enfermeros, se me dijo que había sido dado de alta ese mismo día.

¿Qué enigma es éste? ¿Existe un mundo anterior, olvidado por nuestros sentidos? ¿Es verdad aquello de que presente y futuro son simultáneos? ¿Algún encuentro en el vasto tiempo, que más tarde se repite ante nuestros ojos asombrados de no poder recordar?

Ocurrió así, y así lo cuento. ¿Alucinación? Sólo puedo decir: No sé.